

El lenguaje del cuerpo a través del tatuaje: de la adscripción identitaria a la homogeneizadora democratización de la belleza

El presente artículo trata sobre el lenguaje corporal juvenil a través del uso del tatuaje. Comienza haciendo una breve mención sobre algunas de las ciencias sociales que se han ocupado del estudio del cuerpo, para centrarse en el uso social de la corporalidad y su apariencia en la construcción de las identidades juveniles.

La juventud aparece como el periodo en el que se fijan las bases de la identidad; desde ese punto de vista el tatuaje es utilizado como un refuerzo identitario tribal y grupal para estrechar lazos y marcar diferencias con los otros. Este uso de las marcas corporales es propio de determinadas subculturas juveniles (tribus, pandillas, etc.), especialmente en los años sesenta y setenta.

A partir de la década de los noventa comienza a evidenciarse una transformación en los procesos de socialización juveniles en las sociedades occidentales urbanas. Aparecen nuevos usos de la corporalidad y sus lenguajes; la moda del tatuaje va perdiendo su sentido primitivo originario de refuerzo de identidad para pasar a convertirse en una experiencia más íntima e individual, aunque orientada a la relación. Esta transformación en el uso del lenguaje corporal a través del tatuaje es un reflejo del complejo entramado social en el que los grupos y sus relaciones se establecen de forma más compleja, estableciendo nuevos códigos subjetivos y emocionales que deben ser interpretados.

Palabras clave: Tatuaje - Lenguaje del cuerpo - identidad juvenil - moda - industrias culturales

El lenguaje del cuerpo a través del tatuaje: de la adscripción identitaria a la homogeneizadora democratización de la belleza.

El cuerpo ha sido objeto de estudio frecuente desde las Ciencias Sociales: la historia, la antropología, la teoría psicoanalítica, la sociología, la psicología o la comunicación entre otras ciencias, se han ocupado del estudio de la existencia del cuerpo y de sus dimensiones biológicas, sociales, culturales, simbólicas, comunicativas, etc..

Así, el estudio de la corporalidad desde la antropología ha puesto el énfasis en el uso social del cuerpo en las sociedades premodernas; en las tensiones y relaciones que se establecen entre el cuerpo como ente biológico y como dimensión cultural. El cuerpo aparece como superficie en la que se fijan atributos sociales por medio de ceremonias y rituales que en muchos casos suponen una transformación física del cuerpo, "el cuerpo ofrece de por sí una amplia superficie apropiada para exhibir públicamente marcas de posición familiar, rango social, afiliación tribal y religiosa, edad, sexo." (Martínez Barreiro, 2004).

Desde la sociología, los estudios sobre el cuerpo se han centrado en la relación entre la base biológica corporal y la dimensión social del mismo. La base biológica se encuentra inmersa en el desarrollo cultural y social de cada momento histórico determinado. El estudio del cuerpo y sus dimensiones sólo se puede entender en la sociedad en la que vive. En palabras de Mitchel Bernard, "Para cada sociedad, el cuerpo humano es el símbolo de su propia estructura; obrar sobre el cuerpo mediante los ritos es siempre un medio de alguna manera mágico de obrar sobre la sociedad." (Bernard, 1992). El cuerpo desde esta perspectiva aparece como elemento esencialmente relacional, "como portador de una carga simbólica plena de sentido y que se configura como un elemento privilegiado de cara a la relación y a la comunicación social. Así, y a pesar de la ocultación parcial del cuerpo, su acción es determinante tanto en la comunicación tácita, como para la expresión de identidad."

El simbolismo corporal ha sido abordado también especialmente desde la psicología. Para la Teoría Psicoanalítica por ejemplo, "La conexión entre la realidad psíquica y la realidad exterior la realiza el yo, "el yo corporal" del que habla Freud, que nos posibilita dar cuenta de la existencia de nuestro cuerpo, nombrarlo, existenciarlo, padecerlo, marcarlo, sufrirlo, gozarlo" (Martínez Barreiro, 2004)

El psicoanálisis ha estudiado los ritos sociales como manifestaciones de la experiencia individual, sobre todo de la experiencia sexual del cuerpo. El uso expresivo del cuerpo buscaría satisfacer sus deseos mediante la automanipulación, mediante la acción sobre el propio cuerpo.

Las visiones que se ofrecen sobre la imagen del cuerpo desde estas diferentes corrientes remiten a una estructura biológica que se desenvuelve en un entorno social sobre el que se "proyecta nuestro deseo [...] limitado y definido por las significaciones y los valores sociales impuestos por las instituciones." (Bernard, 1992). El cuerpo en nuestra sociedad aparece como una construcción simbólica sobre la que se ejerce una influencia social, cultural, etc., y al mismo tiempo aparece como medio y espacio desde el que se fijan los códigos éticos y estéticos que predominan en lugares y momentos históricos determinados.

Dichos códigos se transmiten como representaciones personales del primero de los elementos que fijan nuestras interacciones, la apariencia. La apariencia establece un proceso de mediación entre el *yo intimo* y el *yo social;* es decir, tras la fachada externa, o mejor dicho, sobre la fachada externa con la que presentamos nuestro cuerpo se muestra o se vislumbra parte de nuestro *mundo interior.* La apariencia en este sentido sólo puede ser entendida en su significado social, en el desarrollo de las interacciones que se producen con los otros en el interior del grupo a partir del uso comunicativo que hacemos de nuestro cuerpo desde el primer contacto visual. Como apunta Martínez Barreiro (2004), "el cuerpo, junto a su envoltorio, es el primer signo mediador en la nueva relación social; pues es aquello con lo que nos presentamos. El cuerpo habla por sí solo..."

El cuerpo se presenta como una representación que refleja entonces tanto lo social como lo cultural. Cada cultura establece los usos sociales del cuerpo y presenta a través de signos y representaciones los valores y normas que regulan desde el cuidado y mantenimiento del cuerpo hasta los intercambios sociales: psicológicos, relacionales, sexuales, etc. Toda sociedad enajena a los individuos a través de sus cuerpos. El antropólogo mexicano Piña Mendoza (2004) afirma que la cultura marca ciertos límites de las formas y símbolos

Tatuajes y piercing: señales y riesgos a flor de piel".
Generalitat Valenciana,
Valencia, 2004. p.38-39

del cuerpo lo que genera por un lado sincretismos corporales en la vida cotidiana y, por otro, representaciones simbólicas sobre las maneras de hacer uso de él; sin embargo, la forma en que se vivencian estos códigos culturales, pertenece a la dimensión de lo personal. Podemos decir que la imagen externa es de algún modo la representación que el sujeto se hace del ser humano, la cual aprende más o menos conscientemente a través del contexto social y cultural de su historia personal.

Toda nuestra existencia está marcada por esta dicotomía entre naturaleza y sociedad, entre corporalidad y relación, en definitiva, entre la identidad individual biológica y la interacción cultural, donde se establecen determinados códigos de funcionamiento social.

El cuerpo por tanto aparece como el significante donde se muestran las estrategias mediadoras de significado que regulan el orden social. En cada cultura, el cuerpo es la expresión y la imagen de lo que somos, de lo que fuimos y de lo que queremos ser.

El uso del lenguaje del cuerpo en la construcción de identidad.

La construcción de identidades dentro de los marcos sociales establecidos por cada sociedad remite a adscripciones culturales interiorizadas por los individuos dentro del grupo. La identidad, siguiendo con Piña Mendoza (2004), es *relacional y situacional, sólo existe en y para sujetos, en y para actores sociales.* Es decir, las expresiones y representaciones culturales que crean y recrean determinados individuos y grupos sociales vienen determinadas por la asunción de unos principios y valores individuales, que se construyen y comparten en la relación con los otros.

Las identidades sociales se construyen como imaginarios producidos de forma relacional; aunque pudieran aparecer como principios individuales subjetivos, la realidad es que sólo se definen y explican en relación con los demás: en lo que compartimos, en lo que nos diferenciamos, en las similitudes y en las diferencias.

Desde este punto de vista, la construcción de identidades manifestada en el lenguaje de la corporalidad remite al uso del cuerpo como objeto y/o espacio de interacción simbólica entre los diferentes actores sociales. Cada sociedad establecerá por tanto los marcos para la relación y para la acción social, que incluirá el valor que en cada momento se le concederá a la corporalidad (biológica y cultural) en dichas relaciones.

Aquí, surgen de nuevo las tensiones entre biología y sociedad que será necesario analizar y explicar para entender los intercambios sociales en el interior de cada grupo. Las transformaciones sociales en general, y las que afectan a los usos sociales y culturales del cuerpo en particular, aparecen impregnadas de las normas objetivas y subjetivas que cada sociedad establece para dichos intercambios. "El estudio de las relaciones entre cultura y sociedad mediante el análisis de los "significantes y valores concretos" debería ofrecer información sobre las "causas generales" y las "tendencias" sociales que se esconden tras las apariencias manifiestas de la vida cotidiana. (Hebdige, 2004).

Este análisis en lo que se refiere al uso social del cuerpo debe partir del estudio de la forma exterior (apariencia) para determinar la identidad interior, que a su vez es el reflejo de los valores y normas sociales que regulan los intercambios de los actores en cada momento histórico y en

cada sociedad. A juicio de la antropóloga italiana Laura Porzio (2004) la construcción de la identidad se conforma a partir de la obtención de capital simbólico, que es aquel que se queda atrapado en la conciencia (subjetiva) a través de la memoria (cultural e histórica).

El cuerpo por tanto aparece como el escaparate desde el que los demás examinan y observan nuestras dimensiones individuales y colectivas; desde el que se muestra información tan diversa como los propios discursos corporales puedan mostrar: valores psicológicos, sociales, estereotipos y tópicos, pero también cuestiones identitarias como la pertenencia a grupos, la extracción social. El cuerpo es un lugar de inscripciones de muy diversa índole.

La identidad juvenil y sus signos.

En la adolescencia y la juventud es donde se manifiestan con más fuerza las tensiones asociadas a la autoafirmación del propio cuerpo como elemento biológico en transformación y a la construcción de la identidad social en el seno del grupo. La interiorización subjetiva que asumen los jóvenes de su cuerpo es indisoluble de las representaciones sociales creadas por los otros con los que se comparten experiencias y espacios. Nos referimos a la juventud como el producto de la negociación que se establece entre la imagen cultural o la percepción social que se tiene de éstos y la dimensión subjetiva, como interiorización diferenciada de la propia cultura en que los jóvenes se encuentran inmersos.

Al mismo tiempo, dichas representaciones se construyen en un entorno social determinado que establece unos marcos para la producción y reproducción social, "Los jóvenes en tanto que categoría social construida, se encuentran inmersos en una red de relaciones y de interacciones sociales, es decir no existen al margen del resto social.[...] para situar al sujeto juvenil en un contexto histórico y sociopolítico, resultan insuficientes las concreciones empíricas, si éstas se piensan con independencia de los criterios de clasificación y principios de diferenciación social que las distintas sociedades establecen para sus distintos miembros y clases de edad" (Reguillo, 1998).

La identidad juvenil se construye simultáneamente a partir de la aceptación subjetiva del cuerpo y de las diferencias sociales que se establecen con el resto de grupos con los que se comparten espacios: con los adultos, con los otros jóvenes, con las mujeres, con los varones, etc.

La adolescencia y la juventud son periodos en los que la construcción de la identidad se hace necesaria para integrar las vivencias infantiles con las expectativas futuras. Este periodo social coincide psicobiológicamente con un momento de autoafirmación a partir del uso de determinados signos identitarios que van desde el lenguaje a las manifestaciones estéticas o a las modas (peinados, vestuario, tatuajes, piercings, etc.).

El uso de estos signos, (en el caso que nos ocupa, el tatuado de la piel) lleva implícita la evaluación social de quienes los usan. En palabras de Hebdige (2004), "Todo signo está sujeto a criterios de valoración ideológica...El dominio de la ideología coincide con el dominio de los signos." Coincidiendo con este autor, en sociedades como la nuestra las ideologías que detentan el poder representan los intereses de grupos y clases dominantes, que lo ejercen a través de la definición, ordenación y clasificación del mundo social.

En un momento como el actual, las dimensiones ideológicas de la corporalidad están marcadas por la cultura de la imagen en una sociedad de consumo. Los signos se consumen como mercancías desde las que se producen los intercambios simbólicos, comunicativos, emocionales, sexuales, etc. "Este cuerpo imaginario ha sido tallado por la ciencia y la técnica de la época y ha sido promocionado a través de la publicidad y ha sido impuesto a los jóvenes de hoy como un ideal máximo, tanto para mujeres como para hombres. [...] los sujetos atendemos a los imaginarios culturales que nos impone la cultura dominante que nos masifica, nos aliena."(Jaramillo, 2002).

Los mensajes corporales en nuestras sociedades occidentales están dominados por instancias como los medios de comunicación masivos, por la publicidad, por las modas y las dinámicas de consumo. Para ello, como mantienen Castrillón y Velasco (2002), se utilizan mensajes verbales y visuales que ostentan una "neutralidad", logrando instituirse en la sociedad, inscribiendo implícitamente una normatividad sobre lo deseable, marcando lo que es prestigioso, presentando una posición, un lugar, en sí una identidad construida en la retórica de la mercancía.

Las tensiones y relaciones que se establecen entre ideología y corporalidad en el periodo juvenil permiten la autoafirmación de los individuos en entidades grupales diferenciadas. A través de nuestra apariencia iniciamos todo un mundo de relaciones, el cuerpo habla por nosotros a partir de los signos que remiten en cada sociedad a categorías identitarias determinadas. Nuestra forma exterior se vuelve fundamental para determinar la interior y construir así nuestra identidad.

Los usos del tatuaje: de la neotribalización identitaria en las subculturas juveniles al individualismo narcisista y democratizador de la moda.

Originariamente, la utilización de signos corporales como el tatuaje aparecieron en antiguas sociedades tribales asociados a rituales de paso o de cambio, especialmente juveniles. Estos rituales suponen un sistema codificado de prácticas sociales que poseen un sentido para los miembros del grupo y para los demás grupos con los que comparten espacio. Al mismo tiempo que poseen un valor simbólico para sus actores y testigos que implica la colaboración del cuerpo y *una cierta relación con lo sagrado* (Ariño, 1996). Este carácter simbólico del tatuado sirve para diferenciar a los miembros de grupos étnicos distintos, al mismo tiempo muestra un repertorio de mensajes que remiten a funciones y edades diferenciadas dentro del grupo (productivas y reproductivas), y finalmente también sirven para relacionarse con los seres míticos y con el cosmos.

La evolución de estas prácticas sociales consistentes en la alteración y decoración del cuerpo se manifiesta en la sociedades occidentales actuales en las prácticas sociales regidas por las tensiones individual/grupal, subjetividad/identidad, público/privado. Estas marcas corporales son usadas por los jóvenes, eminentemente urbanos, en sus interacciones con quienes comparten espacio y tiempo social.

Laura Porzio (2004) afirma que el tatuaje en nuestras sociedades supone un ritual que permite inscribir nuestros recuerdos a través de símbolos gráficos, que marcan etapas fundamentales de la vida, aunque la relación íntima y profunda que se crea entre identidad y tatuaje se manifiesta cuando lo elegimos con la finalidad de expresar lo que sentimos y lo que pensamos.

Coincidiendo con el planteamiento de esta antropóloga, el tatuaje en nuestras sociedades ha perdido parte de este carácter identitario-grupal para ser vivido como una experiencia individual por muchos de quienes portan dichas marcas. El tatuaje es experimentado como una afirmación personal que trata de revelar a los demás una parte del Yo más íntimo, que deberá ser interpretado por los otros en un incierto entramado de expresiones (íntimas, sociales, sexuales, etc).

A tenor de las múltiples investigaciones existentes sobre los usos del tatuaje y de las transformaciones que los jóvenes han ido experimentando a partir de sus lenguajes y prácticas, se observa en la actualidad la pervivencia de estos dos modelos antagónicos en el uso de estas marcas corporales.

1. La neotribalización de las subculturas juveniles: el uso del tatuaje como conformador de la identidad grupal.

Por un lado, se mantiene vigente el uso de este lenguaje corporal con un fuerte significado identitario grupal. El uso de tatuajes y piercings por determinados colectivos afianza los vínculos dentro del grupo. Este modelo lo encontramos sobre todo en el uso de estas estéticas desde las subculturas juveniles, que en nuestra sociedad se asocian sobre todo a algunas de las denominadas *tribus urbanas* y a las maras o pandillas juveniles (especialmente en algunos países de Centroamérica y Suramérica); pero también a determinados colectivos menos homogéneos aunque más estigmatizados como los presidiarios. Este modelo que adquirió su máximo apogeo en las décadas de los sesenta y setenta, mantiene su dimensión originaria tribal: las marcas son un lenguaje que refuerza la adscripción al grupo e informa a los demás de dicha pertenencia.

Este proceso, que autores como Maffesoli (1988) denominan *neotribalización* se explica a partir del uso de las marcas como manifestación de la tensión y el conflicto social en el que viven, o en el que creen vivir estos grupos. En este sentido, sobre todo el tatuaje, tiene una función simbólica muy importante que es la de transmitir ese malestar a partir de signos y expresiones ideológicas. "El proceso de tribalización supone toda una apropiación de símbolos y máscaras irreverentes que reafirman la pertenencia grupal [...] La mayoría de las Tribus Urbanas constituyen en sí mismas un virtual dispositivo discursivo de disidencia (la subcultura) y desestabilización del orden adulto, dominante o hegemónico." (Zarzuri y Ganter, 1999).

Como sucedía y aún hoy sucede con determinadas grupos étnicos que utilizan el tatuaje como signos identitarios, algunas tribus urbanas y bandas juveniles utilizaban y aún hoy utilizan estas marcas en lugares visibles del cuerpo con el objeto de mostrar su pertenencia y la diferencia con respecto a los demás. La particularidad de los grupos subculturales en la contemporaneidad en cuanto al uso de los tatuajes ha sido la función de mostrar su disconformidad y protesta con los marcos normativos establecidos.

Resultan paradigmáticas en este sentido tribus antagónicas o enemigas, aunque surgieron de las mismas raíces culturales, como los skins head o los punk, y en los últimos tiempos las pandillas juveniles latinas. Estos grupos se caracterizan por hacer una exhibición más ostentosa de sus uniformes y marcas y han hecho de la violencia uno de sus signos más identificativos, reflejados también en el uso de símbolos y motivos agresivos o violentos en sus tatuajes. "El look

menos convencional lleva en sí mismo una actitud de resistencia a la sociedad, pudiendo incluso expresarse violenta o agresivamente." (Zarzuri y Ganter, 1999).

Este último uso contracultural de las marcas corporales ha sido fuertemente reprimido desde las instituciones y desde las instancias que ostentan el poder. El hecho de criminalizar y consecuentemente transformar una marca identitaria en estigma, se puede ver como un tentativo de neutralizar y volver inocua la rebeldía expresada con el cuerpo.

La estigmatización de estos grupos identificados fácilmente a través de sus marcas corporales ha supuesto que dichos signos se hayan ido retrayendo a espacios del cuerpo considerados menos públicos. Los tatuajes en brazos, cuello, etc. han ido ocupando espacios cubiertos por el vestuario, espacios más íntimos desde los que lógicamente dejan de cumplir una adscripción grupal pública tan evidente.

Estas prácticas de control sobre estos grupos han supuesto una transformación en el interior de los mismos. La apariencia corporal y estética se ha difuminado, perdiendo su carácter de refuerzo identitario. Las trayectorias corporales del tatuaje van retirándose de los lugares visibles del cuerpo para ocupar lugares más privados. Estas prácticas a través de los tatuajes pierden su dimensión de adscripción al grupo, para sentirse y expresarse de forma más subjetiva y menos social.

Esta transformación en el uso de la corporalidad, si bien puede explicarse desde el proceso de control y estigmatización llevado a cabo desde las instituciones y el poder, también puede entenderse como reflejo de la transformación en los procesos de socialización de los individuos y en la organización social. Algunos de los rasgos básicos que explicarían estas transformaciones sociales entre estos grupos subculturales juveniles serían los tópicos que Maffesoli (1988) apunta como características de los procesos de neotribalización:

- 1. Comunidades emocionales: lo determinante de este elemento se vincula al carácter predominantemente afectivo/emotivo que se fragua al interior de estas agrupaciones.
- 2. Energía subterránea: en este punto la uniformidad de la sociedad actual se ve resquebrajada por una multiplicidad de léxicos -prácticas sociales polisémicas y alternativas- cuyo contenido se expresa a través de una grupalidad experiencial o un vitalismo que sitúa su flujo más allá del eje individualismo/muchedumbre.
- 3. Sociabilidad dispersa: bajo esta noción lo social emerge como un discurso omnipresente y que se expresa a través de relaciones contractuales urbanas entre individuos -mayoritariamente adultosque comparten los patrones culturales y sociales definidos por el saber hegemónico. Mientras que soterrada e intersticialmente se abre paso un discurso discontinuo y fragmentario -expresión de un saber parcial- que se opone a la lógica dominante, asumiendo estrategias de interacción diversificantes que fundan una nueva socialidad neotribal. Lo interesante en esta reflexión es que ambos discursos intentarán medir inevitablemente sus fuerzas en algún tiempo y espacio determinado.

4. Fisicidad de la experiencia: el espacio físico -la urbe- se transforma aquí en un factor determinante en la conformación del entramado biográfico intersubjetivo. El espacio como artificio cultural que permite "formatear" la dimensión existencial del ser. Lo significativo aquí parece ser que a mayor globalización y cosmopolitismo metropolitano, mayor será el deseo de identificación espacial localista e intimista.

Coincidiendo con este planteamiento, se puede tratar de explicar el proceso de transformación de la corporalidad y el lenguaje del cuerpo en estos grupos juveniles y aplicarlo concretamente al cambio de tendencias en el uso de sus marcas corporales (tatuajes).

En primer lugar, el retraimiento de los tatuajes a dimensiones más íntimas coincide con la autoafirmación de la subjetividad de estos grupos en los últimos tiempos. Sus marcas identitarias dejan de ser visibles y públicas para establecerse unos vínculos más emocionales (Comunidades emocionales).

Otras de las características apuntadas por el sociólogo francés como son la energía *subterránea* y la *sociabilidad* dispersa se expresan también en el uso que desde estas subculturas juveniles se hace de su cuerpo y su lenguaje. Frente a los tatuajes explícitos y visibles (en muchos casos agresivos y violentos) que estos jóvenes utilizaban para estrechar lazos dentro del grupo y para mostrar diferencias con respecto al resto, aparecen nuevos lenguajes y prácticas corporales alternativas (por ejemplo piercings, escarificaciones, implantes, etc.). Estos jóvenes siguen recurriendo a los tatuajes como prácticas de expresión, pero dichas prácticas se hacen más psicológicas y simbólicas, y se complementan con infinidad de nuevas expresiones corporales.

Por último, la *fisicidad de la experiencia* que apunta Maffesoli remite a las experiencias urbanas de ocupación del espacio, que irían de lo local a lo global. En este sentido, estos jóvenes utilizan su cuerpo y sus signos identificándose a través de símbolos que comparten ideológicamente con otros grupos en cualquier parte del mundo (tribus, maras, etc.), pero al mismo tiempo se autoafirman desde lo local a partir de la ocupación de espacios públicos y del uso de signos corporales localistas.

Los cambios sociales aparecidos en los últimos tiempos, especialmente en la última década, muestran nuevas dinámicas de adscripción a determinados grupos sociales que se reflejan, en el caso que nos ocupa, en el uso que hacen de la corporalidad. La conformación de la identidad dentro de las subculturas juveniles ha ido transformándose de un modelo público, social y objetivo a otro más privado, individual y subjetivo. Las manifestaciones de estos cambios pueden observarse como hemos venido explicando en los cambios en el lenguaje corporal a partir de prácticas como el tatuaje.

Como defienden determinados autores y estudios que han profundizado sobre estos procesos de transformación social, esta tendencia que hemos venido apuntando responde a la superación de las subculturas juveniles, desactivando sus estilos y signos. "Cada subcultura vive un ciclo de resistencia y desactivación [...] que se

inscribe dentro de las grandes matrices culturales y comerciales. La desviación cultural se torna "explicable" y simultáneamente pierde todo su sentido...al tiempo que los objetos "secretos" del estilo subcultural pasan a exhibirse en todas las tiendas de discos y cadenas de boutiques. Despojado de sus connotaciones desagradables, el estilo se hace apto para su consumo público. (Hebdige, 2004).

En esta misma línea la antropóloga italiana Laura Porzio (2004) apunta a los medios de comunicación como conformadores de la opinión pública. Desde sus discursos se *normaliza* la corporalidad, estigmatizando y discriminando los cuerpos que manifiestan diferencias. Este proceso de neutralización no se desarrolla de manera aislada, sino que viaja paralelamente a otra respuesta que la sociedad adopta para vencer la batalla: la inserción del tatuaje en el mundo de la moda.

2. El tatuaje como experiencia personal: de la pérdida de significación identitaria a la tendencia homogeneizadora, símbolo de belleza.

Como venimos observando, a partir de la década de los noventa comienza a evidenciarse una transformación en los procesos de socialización juveniles en las sociedades occidentales urbanas. La realidad aparece de forma fragmentada, el concepto de identidad tiende a diluirse y a explicarse en un complejo entramado de relaciones. Cambian los signos y los objetos desde los que los individuos (especialmente los jóvenes) se apropian de su propio cuerpo, del cuerpo de los demás y de los espacios en los que interactúan.

Ante estos cambios sociales, los lenguajes juveniles también mutan y se adaptan a los nuevos tiempos. Se observan nuevos usos de la corporalidad y sus lenguajes. Así, la moda del tatuaje por ejemplo parece estar perdiendo el sentido primitivo originario de las sociedades tribales del refuerzo identitario, que, como ya se ha mencionado, fue posteriormente adoptado por las subculturas juveniles.

En la actualidad aunque todavía pervive ese sentido identitario del tatuaie entre esos grupos subculturales, se ha producido un resurgir del tatuaje como una experiencia íntima e individual. Estas prácticas con el cuerpo abandonan sus funciones de refuerzo grupal para enmarcarse en un proceso de autoafirmación personal. La subjetividad del lenguaje corporal en las sociedades urbanas tiene que ver con la transformación del mundo social en el que las cosas no son lo que parecen, en el que la conformación de la identidad no se lleva a cabo a partir de la pertenencia a grupos y divisiones sociales clásicas, sino que el Yo se conforma a partir de la suma de muchos yoes que cambian en función de las circunstancias de vida y de las relaciones. "Mientras que antes las transformaciones permanentes del cuerpo eran uso exclusivo de determinados grupos sociales, hoy en día es bastante difícil definir quien es el tipo de joven que se tatúa, y es totalmente equívoco querer buscar explicaciones en la pertenencia de clase o el capital cultural. Entrar en contacto con el mundo de los tatuados significa confrontarse a un complicado juego de identidades distintas y a veces antagónicas." (Porzio, 2004).

Estas experiencias individuales de marcar y sentir el propio cuerpo, además de constituirse como el reflejo del yo más íntimo, adquieren relevancia y significado en las relaciones con los otros. Este lenguaje personal y relacional de los usos del tatuaje en la actualidad queda patente en las trayectorias corporales que rigen las prácticas de quienes se tatúan.

A tenor de recientes investigaciones con jóvenes sabemos que los espacios del cuerpo que eligen la mayor parte de los jóvenes para hacerse el primer tatuaje corresponden con zonas corporales privadas o semiprivadas (pecho, hombros, espalda, ombligo, etc.). Estos actos responderían al sentido íntimo y personal en que se inscriben las marcas corporales en los jóvenes tatuados.

Al mismo tiempo también sabemos por esos mismos estudios que los tatuajes en esas partes del cuerpo en muchos casos no son visibles fácilmente por el propio individuo que los porta (hombros, espalda, etc.),⁽²⁾ con lo cual su significado sólo puede entenderse a partir de la relación con los otros, a partir de la alteridad. Es decir, el tatuaje aparece como una experiencia personal destinada a ser compartida por el otro o por los otros.

El lenguaje del cuerpo asociado al tatuaje ofrece un complejo juego de subjetividades relacionales, un conjunto de expresiones y representaciones entre lo personal y lo social. "Ahí están los cuerpos de aquellos a quienes pretendemos enseñar y formar: cuerpos marcados por sus propias señales (piercings, tatuajes, cortes, etc.), marcas variadísimas que hacen del cuerpo un territorio marcado por sus propias fronteras, cuerpos, en definitiva, que en su máxima visibilidad, parecen responder a una estética de la presencia en la que el cuerpo, en su ocultación tras esas marcas, al mismo tiempo aparece ante los demás y desaparece." (Bárcena, 2003).

Este juego relacional a partir del tatuaje en lugares del cuerpo semipúblicos y semiprivados, destinados a mostrar y ocultar al otro unos motivos y figuras bellos, incrementa la capacidad del lenguaje corporal para la seducción. Tanto las regiones del cuerpo, como las formas que se tatúan representan un complejo entramado que incita a ser descubierto e interpretado. Además del resto de códigos y lenguajes utilizados para la sensualidad, el cuerpo tatuado potencia una comunicación entre lo subjetivo y lo social que debe ser descifrada por el otro. Como apuntan Castrillón y Velasco (2002), "Si se pretende entrar en el juego de la conquista, de convertirse en un objeto sexual asequible y disponible, [...] se puede convertir este juego de adornos en el cuerpo en fetiches que [...] permitan el goce perfecto en la unión genital."

2.2. La función homogeneizadora del tatuaje como símbolo de belleza estereotipada.

Como ya se ha apuntado anteriormente, estas formas aparentemente más personales e íntimas en los usos del tatuaje aparecen asociadas a imágenes canalizadas por las grandes industrias culturales, especialmente por los medios de comunicación de masas y la

(2)
No nos ocupamos en este artículo del análisis de los tatuajes en cuanto a las partes del cuerpo en las que se inscriben, ni de los significados de los mensajes que se tatúan y tampoco de los momentos de la vida en los que los jóvenes se realizan estas marcas en la piel.

publicidad y por el mundo de representaciones creado por la moda. Bárcena (2003), se pregunta en este sentido, ¿Por qué hoy hay un cierto ideal del cuerpo marcado por el tatuaje,? La respuesta a esta pregunta la encontramos en los códigos que regulan y rigen en cada momento social, que como apunta Vásquez Roca (2005) "desencadenan auténticas epidemias de discurso que afectan los cuerpos".

Es interesante y oportuna en este sentido, la reflexión que este último autor hace de las modas como instrumentos democráticos que pretenden lograr el consenso social; algo que a su juicio resulta dudoso, pues bajo la apariencia de una gran pluralidad y liberalidad genera una indiscutible homogeneidad.

Aunque las culturas juveniles, como sostiene Feixa (2006), no son homogéneas ni estáticas, sino que sus fronteras son permeables y generalmente se conforman a partir de la mezcla de diferentes estilos, no es menos cierto, que cada sociedad establece una cultura hegemónica (especialmente identificable en los colectivos juveniles) que acapara la mayor distribución del poder cultural. Dicha cultura dominante aparece mediatizada por las diversas instancias desde las cuales se negocian y transmiten las relaciones de poder: la escuela, el sistema productivo y, en el caso de la transmisión ideológica y cultural, muy especialmente los medios de comunicación y la publicidad.

Desde estas instancias, la cultura juvenil se conforma a partir de estereotipos o imágenes culturales (como el uso de tatuajes por ejemplo) que se traducen en estilos estrechamente vinculados al consumo, que son apropiados muy rápidamente por los jóvenes. "[...] estimulados al extremo por la publicidad y la propaganda, la tensión que resulta de la oferta del "mercado de bienes para la juventud" y la posibilidad de acceso real a tales bienes, impacta en los jóvenes, que no logran fácilmente sustraerse a sus imágenes seductoras, más allá del hecho cierto de que los mismos jóvenes re-inventan y dotan de nuevos sentidos a los bienes que se les ofrecen. Aún así, el mercado posee una increíble capacidad metabolizadora de la novedad y rápidamente le encuentra un sitio en los estantes del shopping." (Balardini, 2004).

Las sociedades urbanas se han ido convirtiendo en entornos y espacios cada vez más globalizados, cuyas señas de identidad tienen un carácter transnacional tanto en lo económico como en lo social o en lo cultural. Este proceso de homogeneización también afecta al cuerpo y sus lenguajes, especialmente al cuerpo de los jóvenes. "La globalización como fenómeno de reconfiguración de lo cultural a escala planetaria, ha ido reforzando los procesos de homogeneización...Configurándose la temática de la producción de subjetividades como un punto central para la recreación del socius, y donde el cuerpo parece tener una preponderancia altamente significativa, sobre todo en el campo juvenil actual." (Piña Mendoza, 2004).

El sociólogo argentino Sergio Alejandro Balardini (2004) vincula, creo que acertadamente, la homogeneización identitaria con el consumo cultural a través de los procesos comunicativos globalizantes, "En este marco, con la globalización de las

comunicaciones y la publicidad como respaldo, la identidad como acto de apropiación simbólica, abandona, en buena medida, el domino territorial para situarse en la dimensión del consumo transespacial. Sin embargo, esta cultura-mundo, no es un todo homogéneo, sino una rearticulación de territorios (nacionales) que se fragmentan, circunstancia que lleva a que jóvenes de diferentes geografías perciban que tienen mucho más en común entre sí, que con jóvenes de barrios vecinos, respecto a quienes se alejan en capital simbólico, argamasa con la que adquieren configuración y se despliegan las identidades. La TV cable e internet han contribuido significativamente a contornear esta nueva realidad, que deviene en una nueva formulación del "nosotros", y, en consecuencia, del campo significante de los "otros". Lo próximo, si distinto, se transforma en distante. Adviene una comunidad transnacional de consumidores jóvenes que comparte nuevos universos simbólicos de la que forman parte, v en la que se socializan.

Las imágenes prefabricadas del cuerpo que se transmiten desde los medios de comunicación masivos y desde Internet están conformando estereotipos juveniles a escala planetaria. La aparición de individuos y personajes tatuados en los discursos mediáticos especialmente juveniles (moda, música, deporte, etc.), ha contribuido sin duda a despojar al tatuaje de su significado original, para convertirlo en un artículo más de consumo. En un informe de la Generalitat Valenciana de 2004⁽³⁾ se apunta esta pérdida de significado social del tatuaje, "La decisión más o menos ritualizada del tatuaje y del perforado pueden incluso cumplir en cierta forma una función de "domesticación" y de estabilización. Todo dependería de la carga afectiva y del sentido que se la adjudique a esa decisión. Así los tatuajes que se practican al salir de la adolescencia, y que marcan el principio o el fin de una relación amorosa, son ejemplos donde la decisión de tatuarse puede permitir ritualizar, esto es domesticar un cambio de estado y estabilizar una identidad que se busca."

Esta homogeneidad en la moda actual del tatuaje, más allá de las formas y los lugares de inscripción de los mismos, (4) se observa en primer lugar en que los jóvenes que se inician en estas prácticas sociales corporales declaran hacerlo mayoritariamente como un ejercicio de interiorización subjetiva. Algunos estudios recientes sobre el tatuaje refuerzan este planteamiento. La mayor parte de los jóvenes ante la decisión de su primer tatuaje eligen zonas íntimas y personales del cuerpo; sintiéndolo como una experiencia individual, que aparece como un reflejo del resto de prácticas y vivencias sociales experimentadas, sobre todo en los entornos urbanos.

Los procesos de socialización y de la construcción de identidades juveniles aparecen como formas individualizadas en las que los vínculos entre los individuos no se construyen a partir de estas experiencias corporales particulares, "la moda del tatuaje está cambiando su sentido originario, anulando la capacidad de crear identidades distintas y significativas." (Vásquez Roca, 2005) El uso del cuerpo como forma de adscripción identitaria, tradicional en otro tiempo, basado en símbolos y prácticas sociales públicas y externas va quedando relegado a algunos grupos minoritarios y extremos en nuestra sociedad (subculturas juveniles).

(3)

Tatuajes y piercing: señales y riesgos a flor de piel. Generalitat Valenciana, Valencia, 2004, p37.

(4)

A pesar de que como hemos mencionado no es este nuestro planteamiento de análisis, creemos oportuno mencionar que la homogeneización en el uso del tatuaje por supuesto se observa en sus formas y diseños y en los lugares elegidos para tatuarse. Las coincidencias y similitudes en los motivos: tribales, animales, mitológicos, orientales, etc. así como los lugares de ubicación: hombros, brazos, parte baja de la espalda etc., representan sin duda un lenguaje común que transmite mensajes estandarizados desde el punto de vista cultural.

Ahora bien, aunque en los últimos tiempos el tatuaje aparece en mayor medida como una experiencia personal y privada entre los jóvenes (por las motivaciones y espacios del cuerpo que ocupan) y parece haber transformado su función cultural, también existe una tendencia cada vez más extendida que tiende a marcar zonas externas del cuerpo.

A partir de que los jóvenes se inician en estas prácticas y deciden profundizar en la cultura del tatuaje, van realizándose más inscripciones en su piel. En estos casos, las trayectorias corporales de estos nuevos tatuajes con respecto a los iniciáticos suelen ir ocupando espacios más visibles. Así, aparecen jóvenes que hacen del body art (tatuado artístico que va pintando cada vez más espacios del cuerpo, llegando en algunos casos extremos al tatuado completo del mismo) un estilo y filosofía de vida. Esta modalidad actual parece superar esta tendencia intimista y personal por otra más visible y pública.

Estas prácticas corporales individualizadas entendidas como representaciones estéticas, difieren de los usos sociales originarios del tatuaje, así como de los utilizados desde las subculturas juveniles; desde las cuales se han utilizado frecuentemente símbolos, motivos e inscripciones grotescos, desagradables e incluso violentos. En la actualidad sin embargo, predomina un modelo de cultura hegemónica en el que prima la belleza sobre las cuestiones ideológicas. Los símbolos aparecen descargados de aquellos significados simbólicos, de manera que no reflejen más que una imagen estética agradable.

Resulta curiosa también la evolución de las trayectorias o itinerarios corporales de los tatuajes desde los usos por las subculturas juveniles a las nuevas expresiones actuales:

- El tatuaje como forma de refuerzo de la identidad por parte de las tribus urbanas y las pandillas juveniles ha ido retrayéndose de los espacios corporales públicos a los más privados. Esta ocultación parece responder tanto al proceso de control social anteriormente mencionado, como a las nuevas formas de adscripción de la identidad de estos grupos, basadas no tanto en las cuestiones formales como en nuevas formas de adhesión menos visibles aunque probablemente igual de vinculantes.
- Sin embargo, el uso del tatuaje como experiencia personal e individualizada parece mostrar una tendencia inversa. Inicialmente se eligen zonas más íntimas, y a medida que los jóvenes profundizan en la cultura del tatuaje van eligiendo espacios corporales más públicos. Estos usos relativamente novedosos del tatuaje coinciden con las formas de penetración de las modas que comienzan asimilándose de forma personal para transformarse rápidamente en fenómenos de masas que necesitan ser compartidos.
 - 2.3. Los nuevos lenguajes del cuerpo y las nuevas identidades juveniles.

Otra de las características diferenciadoras del uso actual de los tatuajes es la posibilidad de que éstos sean temporales.⁽⁵⁾ El sentido primitivo del tatuaje, así como sus usos culturales hasta hace

(5)

Los tatuajes temporales más frecuentes son realizados sobre la superficie de la piel con henna (pigmentación extraída de un árbol de la India y que es usada como ornamentación femenina en los países árabes y en Asia). También existen actualmente otras formas temporales de tatuado denominadas micropigmentación que consisten en inscripciones de tinta sobre la epidermis pero a menor profundidad que los tatuajes permanentes. Estas modalidades de tatuaje tienen una permanencia de entre uno y cinco años.

relativamente poco tiempo venían determinados por el carácter permanente de los tatuajes, que conferían a quienes los portaban una transformación corporal definitiva. Esta dimensión imborrable suponía, y aún supone, una característica fundamental del tatuaje, que le protege de las modas más o menos pasajeras y de cualquier intento de neutralización.

El hecho de que los tatuajes se conviertan en símbolos de *quita y pon* contribuye a reforzar la tendencia social urbana que basa sus procesos de socialización en múltiples experiencias y relaciones en las que el tejido social aparece difuminado y conformado por una cultura basada en identidades efímeras que aparecen y desaparecen al mismo tiempo que las modas y sus marcas, "No hay que olvidar que las marcas son signos, [...] el tatuaje produce las marcas impresas sobre el sujeto, lo ilustran [...] La marca funciona de diferentes maneras, permite el reconocimiento, pero hay una relación estrecha, íntima, entre el deseo y la marca. Deseo que hoy es tan efímero, que se volatiliza, se pierde." (Bárcena, 2003).

El uso del tatuaje en la conformación de identidades juveniles en las sociedades urbanas contemporáneas tiene un sentido metafórico respecto a los cambios que ha sufrido y se están desarrollando actualmente en la sociedad. En este sentido apunta Laura Porzio que el concepto de identidad ya no es ni absoluto, ni estable, sino que se ha vuelto relacional, que no sólo se sustenta en elementos estructurales que antes la definían, como la raza, la edad y el género, sino también en los factores contingentes, que cambian según los acontecimientos de la vida cotidiana. Estas nuevas realidades se reflejan también en los nuevos "objetos" que definen la identidad y en el uso que se hace de ellos. Algunos ejemplos como el uso de los tatuajes entre los diferentes colectivos juveniles demuestran como los mismos elementos que sirven para construir su identidad, pueden ser apropiados por otros grupos de jóvenes para expresar significados antagónicos.

A modo de síntesis.

A pesar del carácter más personal del tatuaje en las sociedades urbanas actuales especialmente en las últimas dos décadas, los usos de estas marcas sobre la piel remiten a dos modelos sociales que aunque pudieran parecer antagónicos, perviven en las culturas juveniles sin aparente conflicto.

Por un lado, aparece el uso del tatuaje como *marca de grupo*, como símbolo de pertenencia e identidad; esta modalidad, aunque predominó como lenguaje juvenil en las décadas de los años sesenta y setenta asociado a las subculturas juveniles, se mantiene en la actualidad como signo diferenciador de algunos grupos (tribus y pandillas juveniles urbanas). Para estos jóvenes, el uso de su cuerpo y la apariencia externa que pueden transmitir representa una forma de subversión y rebeldía contra las normas hegemónicas establecidas en nuestras sociedades globalizadas.

Esta modalidad ha ido perdiendo vigencia frente a la presencia de la corriente democratizadora que ha transformado el significado del tatuaje, reduciéndolo a una estandarización de la belleza sin aparente carga ideológica. El carácter *democratizador* que está adquiriendo el tatuaje en las sociedades urbanas actuales evidencia un cierto consenso social canalizado a través de las grandes industrias culturales: los medios de comunicación de masas, la publicidad, Internet y las modas. Dicho consenso viene a reforzar los procesos de socialización juveniles contemporáneos, en los que la cultura de la imagen y el consumo han adquirido un carácter transnacional y globalizado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

"Tatuajes y piercing: señales y riesgos a flor de piel." Generalitat Valenciana, Valencia, 2004.

Ariño, A. (1996). "Tiempo, identidad y ritual", en Josetxo Beriain (Comp.), Identidades culturales, Universidad de Deusto, Bilbao.

Balardini, Sergio Alejandro. (2004) "Jóvenes, tecnología, participación y consumo." Proyecto de iuventud. FLACSO.

Bárcena, Fernando y Otros. (2003) "El lenguaje del cuerpo. Políticas y poéticas del cuerpo en educación." Ponencia en el XXII Seminario de Teoría e Historia de la Educación: "Otros lenguajes en educación."

Bernard, Mitchel. (1992) "El Cuerpo". Paidós, Barcelona.

Castrillón Simmonds, Eulalia y Velasco Cajiao, Olga. (2002). "El análisis de la percepción del cuerpo por los adolescentes en el mundo actual", en Re-cre-arte, Revista Digital, Colombia, Universidad de Cauca, Departamento de Educación Física, dirección electrónica: http://www.recreartedigital.ucauca.edu.co/analisis de la percepcion.htm.

Feixa, Carles, (2006), "De jóvenes, bandas v tribus," Ariel, 3ª Edición, Barcelona,

Hebdige, Dick. (2004). "Subcultura. El significado del estilo." Paidós Comunicación 157. Barcelona.

Idoyaga Molina, Anatilde. (2000). "Cuerpo e identidad étnica y social. Un análisis de las representaciones Pilagá." Boletín Antropológico № 49. Mayo-Agosto ISSN: 1325-2610. Centro de investigaciones Etnológicas - Museo Arqueológico - Universidad de Los Andes. Mérida

Jaramillo Jaramillo, César Augusto. (2002) "La re-construcción del cuerpo en el Adolescente y en el joven." Poiésis. Revista electrónica de Psicología Social. FUNLAM. Número 04. http://www.funlam.edu.co/poiesis/Edicion004/poiesis4.Jaramillo.htm

Maffesoli, Michel. (1988). "El tiempo de las tribus." Icaria. Barcelona.

Martínez Barreiro, Ana. (2004). "La construcción social del cuerpo en las sociedades contemporáneas. Papers 73. Barcelona.

Molina Valencia, Nelson. El cuerpo: museo y significado controlado. Polis, Revista de la Universidad Bolivariana. Año/Vol.3, nº 025. Santiago, Chile.

Nateras Domínguez, Alfredo. Los usos públicos del cuerpo alterado en jóvenes urbanos mexicanos Polis, Revista de la Universidad Bolivariana. Año/Vol.4, nº 011. Santiago, Chile.

Piña Mendoza, Cupatitzio. (2004). "Cuerpos posibles...cuerpos modificados. Tatuajes y perforaciones en jóvenes urbanos". Instituto Mexicano de la juventud. Colección Jóvenes nº 15. México.

Porzio, Laura. (2004). Skinheads: tatuaje, genero y cultura juvenil. Revista de Estudios de Juventud, nº 64 (marzo).Madrid.

Richard Danta. "El hombre diferido. El tatuaje como espectáculo del sujeto implicado." Revista Comuniquiatría. Revista internacional. Universidad de Sevilla.

Vásquez Rocca, Adolfo. (2005). "La moda en la post modernidad. Reconstrucción del fenómeno fashion. Nómadas - revista crítica de ciencias sociales y jurídicas 1-2005/1 | Universidad Complutense de Madrid.

Zarzuri R. y Ganter R. (1999). "Tribus Urbanas: por el devenir cultural de nuevas sociabilidades juveniles." Revista de Trabajo Social "Perspectivas", Año sexto, número 8, Diciembre. Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez. Chile.

